



Colegio de Ingenieros de Caminos,
Canales y Puertos

castilla y león

LORENZO SALDAÑA MARTÍN

INGENIERO BURGALÉS

A primera vista, lo de estudiar ingeniería de caminos parece una vocación en tu familia: de cuatro hermanos, tres de vosotros estudiasteis en la Escuela de Santander. ¿Había tradición familiar?

En sentido estricto, no, pero sí que mi padre perteneció al Arma de Ingenieros del Ejército, participando en obras de fortificación (por ejemplo, en Bolonia, provincia de Cádiz, junto a Tarifa). Como la ingeniería de caminos por aquel entonces tenía mucho prestigio, nos “insistía” en que era una buena profesión.

Estudias en Santander, una Escuela recién inaugurada. ¿Por qué no estudiar en Madrid, con más pedigrí?

Imagino que como ocurría a tantos otros compañeros, a mis padres les parecía que Madrid era una “ciudad muy grande”, esto es, que podía haber mayores tentaciones, mayores distracciones, en detrimento del estudio.

“Hacer ingeniería entonces era muy gratificante profesionalmente: estaba todo por hacer. Ahora todos damos por hecho que abres el grifo y sale el agua, pero que llegara por primera vez a un pueblo el agua potable era una alegría indescriptible para los vecinos. Por otra parte, los ingenieros entonces éramos ingenieros”.





Antes de llegar a Santander haces un primer curso selectivo en la Universidad de Valladolid en lugar de hacerlo directamente en la Escuela.

Entonces el primer curso selectivo —hablamos del plan de estudios de 1964: como quien dice, antes de ayer— era común para todas las ingenierías y podías estudiarlo en tu distrito universitario, como fue mi caso. Lo cierto es que mi experiencia en Valladolid fue muy enriquecedora, no tanto por lo que aprendí —que me valió de poco para aprobar el segundo curso selectivo en Santander, todo sea dicho— como por la convivencia con otros estudiantes en la residencia Menéndez Pelayo y en un piso compartido. Por cierto que en aquel piso todos nos poníamos motes y a mí tocó “Larry”, igual que a un Guillermo le tocó un “Willy”, etcétera. En Santander seguí siendo Larry para muchos.

Llegas a Santander y las exigencias eran otras.

La duración media para aprobar el segundo curso selectivo — no podías pasar de curso con ninguna asignatura suspensa— era de 5 años. Hablo por mí mismo: en los 2 primeros años no aprobé ninguna asignatura, que hoy puede parecer extraño pero que en aquellos años y en aquella Escuela era lo habitual: yo calculo que fácilmente asistíamos a las clases 250 alumnos y que aprobaban el segundo curso selectivo 12 o 15, aun habiendo muchos chavales realmente brillantes que, al cabo, terminaban por estudiar ingeniería técnica de obras públicas —ni que decir tiene, con muy buenas notas—. Tras del suplicio selectivo, a partir de tercero uno ya se había espabilado.

Por otra parte, he de decir que a mí me sirvieron de mucho en estos años, para no arrojar la toalla, el baloncesto y la música. Al baloncesto jugábamos compañeros de diversas procedencias, pero curiosamente los músicos, excepción hecha de un servidor, que tocaba el acordeón, eran todos canarios. El grupo se llamaba “Los Matitas”, y he de decir que no lo hacíamos mal, o cuando menos se reconocía nuestro esfuerzo... De hecho, ganamos un año el “Festival de la canción-canción”. También ganamos el primer premio

del “Rally del Asfxiado”, que era una especie de carnaval en coche por las calles de Santander.



Déjame que te lea lo que ha escrito Nacho Díaz-Caneja en su *Autobiografía*, aún no editada: “Había que ir en coche, en general alquilado porque muy pocos alumnos lo tenían, e ir disfrazado. Consistía en pasar varias pruebas dentro de Santander. Se daban varios premios al mejor grupo, al mejor disfraz, al coche más original, etc., que se entregaban en una fiesta organizada en alguna discoteca. Fue muy sonado el caso de uno que fue detenido por la policía porque entró en la catedral de Santander disfrazado de cura acompañado de otro que iba disfrazado de presidiario. La prueba consistía en saludar a una chica que estuviese allí; la debieron saludar”.

Sí, aquellos festejos fueron muy nombrados durante aquellos años. Hay que tener en cuenta que la vida universitaria de Santander se limitaba a Caminos, Físicas, Medicina e Ingeniería Técnica Industrial.



Imagino que colegios mayores habría también pocos y entre los pocos siempre sale a relucir el Torres Quevedo.

Sí, era donde nos hospedábamos casi sin excepción quienes no éramos de Santander, al menos el primer año. Hay que saber que en aquellos años los colegios mayores no se limitaban a cumplir su función de hospedaje, sino que sobre todo eran a menudo un islote "cultural" de convivencia: cine-club, teatro, debates...

En mi caso viví en aquel ambiente solo el primer año, pues a partir del segundo curso me hospedé en una residencia de oficiales, que ante la escasa presencia del ejército en Santander, estaba abierta para hijos de militares. Aunque pudiera parecer a primera vista que perdí libertad —ya se sabe, la disciplina castrense—, ocurrió lo contrario: éramos solo 4 chavales —la residencia tenía 10 plazas— y nadie teníamos que fichar a qué hora entrábamos o salíamos, incluidos los fines de semana.

Cuéntanos cómo era la Escuela: profesores, etcétera.

Lo primero que hay que destacar, por tratarse de una Escuela nueva, es que casi todos los profesores eran ajenos al mundo universitario, e incluso que muchos de ellos no vivían en Santander e iban y venían para dar sus clases; por ejemplo, era el caso de Rafael López, Enrique Giménez o Carlos Casaseca, que vivían y trabajaban en Valladolid.

Mi impresión, creo que general, es que no se trataba tanto de que los profesores "transmitieran", por venir a la terminología actual, sino de que hicieran criba, de que hubiera un numerus clausus muy restringido. Vistas las cosas desde hoy, y no solo cuando lo sufrí, no tenía ningún sentido, por ejemplo, que hubiera exámenes que duraban dos días. Lo cierto es que hubo mucha gente a quienes esos años —y la geometría diferencial— los han marcado para toda su vida.

En cuanto a los profesores en sí, como decía, había muchos que no tenían ninguna vocación y se notaba; e incluso los había que daban la asignatura

que les asignaban sin saber nada de ella, salvo lo que habían aprendido en la Escuela de Madrid como alumnos. Sin dar ningún nombre, *par délicatesse*, a más de un profesor le pillamos *in fraganti*: descubrimos qué libros de problemas —escritos por otros, claro está— empleaban para los exámenes. O te decían que tenías que leer tales libros —escritos por otros, claro está— y eso era la asignatura —esto ocurría, por ejemplo, con los materiales de construcción, que impartía "Chandi"... con los libros de Arredondo—. Por supuesto, había buenos profesores —por ejemplo, Guillermo Gómez Laa, que daba Geología— y grandes profesionales —por ejemplo, Julio Martínez Calzón, que explicaba las Estructuras Metálicas, aunque ninguno le entendíamos—, pero la sensación general era de hartazgo —hasta el punto de que los de mi promoción no quisimos hacernos la orla—, de que tanta dureza no aportaba nada.

En la Escuela no solo te dedicaste a estudiar: fuiste delegado de curso y de Escuela. También formaste parte de la tuna universitaria.

Como dije antes, llegar a tercero de carrera era una liberación, ya tenías más tiempo para dedicarte a otras cosas, incluso para dedicarte a los demás.... Fui delegado de curso en tercero, cuarto y quinto y delegado de la Escuela en cuarto y quinto curso; no seré yo quien haga balance de los logros, pero sí hubo buena gestión "económica": el viaje del ecuador nos salió gratis por la gentileza (trabajada) de no pocas y variopintas empresas; en los bailes "recaudatorios" del hotel Chiqui siempre salían las cuentas muy a nuestro favor... En fin, como se diría ahora, "me lo curraba". Por lo demás, aquellos fueron unos tiempos muy convulsos en lo político y para mí fue un aprendizaje, en lo personal, insustituible. Aprendí a tratar —y a lidiar en algunos casos— con personas de naturaleza e intereses muy dispares —los del PCE eran especialmente correosos—, llegué a la conclusión temprana de que quien dirige una reunión tiene mucho ganado de antemano, etcétera. En suma, que cursé un máster de RR.HH. sin pagar la matrícula en una Escuela de Negocios...

También aprendes que el compromiso para con los demás, aunque sea de una manera altruista, también te trae sinsabores, no tanto porque no te



muestren gratitud debida quienes han sido favorecidos por tu labor como porque te "tomen la matrícula" quienes piensan que tu labor les perjudica. Por poner un ejemplo: un día a las ocho de la mañana me llamó por teléfono el Director de la Escuela para recordarme que mi hermano Fernando esa misma mañana se examinaba... y que me atuviera a las consecuencias si no desconvocaba la huelga: en fin. Pero, en conjunto, darte a los demás siempre me ha gratificado; de hecho siempre lo he tomado casi como una obligación moral.



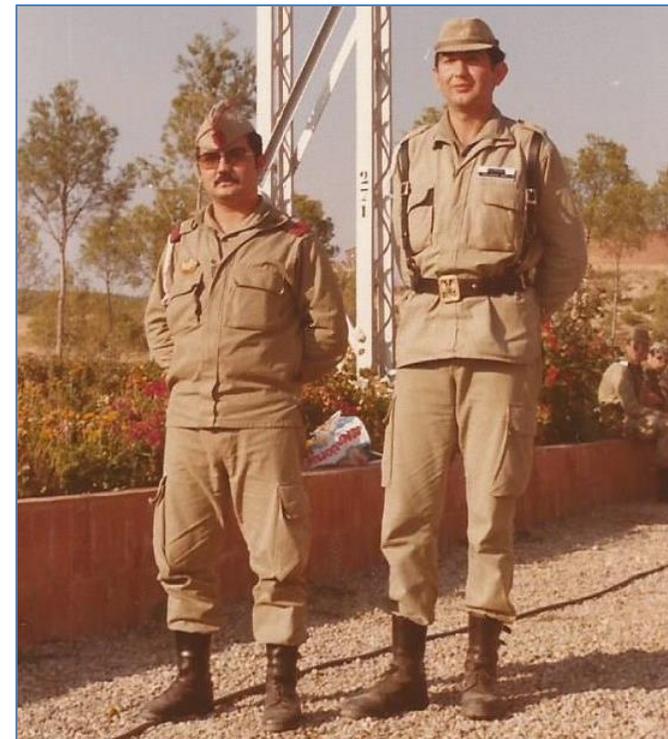
En cuanto a la tuna, se creó un 23-F de 1973. La constituimos alumnos de las facultades o escuelas que había entonces: Caminos, Físicas, Medicina y quiero recordar que ya había Ingenieros Técnicos Industriales. Lo pasé bien y además ser tuno era un plus en nuestro trato con las "mozas"...

Terminas los estudios con 26 años y cumples con la Patria; incluso quedas nº1 de tu promoción en Hoyo de Manzanares —ahora Academia de Ingenieros del Ejército—.

En cuanto a la terminación de mis estudios, en verdad se lo debo a dos personas: mi padre y Miguel Villalobos, también ingeniero de caminos. Estaba

ya tan agotado, era tal mi hartazgo, que no tenía ganas de hacer el proyecto fin de carrera, pero ellos me ayudaron y convencieron.

En cuanto al servicio a la patria, hice el primer campamento en Vitoria y ya entonces me di cuenta de que sacando buenas notas tenías ciertas ventajas —por ejemplo, no hacer guardias en garitas—, así que en Hoyo de Manzanares, acuartelamiento reservado a ingenieros de caminos y arquitectos, me esforcé lo mío... Quiero decir que las pruebas físicas también contaban y yo siempre fui baloncestista... Luego estuve de alférez en Zaragoza: disfruté mucho con la instrucción de la tropa, constituida por casi mil soldados (en todo el CIR), e incluso en alguna ocasión marcharon al son de mi acordeón, cantando el Himno de Infantería...





Empiezas a trabajar en una empresa constructora, Huarte, pero duras unos meses e inmediatamente creas una consultora de ingeniería. ¿No te llamó de un principio la obra?

Sí que me gustaba la obra; mi primer trabajo en Huarte fue modificar el trazado en el que estábamos, que se componía de dos tramos con dos proyectos independientes que no se encontraban. Tampoco había muchas oportunidades de trabajo, estábamos en plena crisis del petróleo, las obras se paralizaban por falta de financiación y muchos compañeros opositaron a profesores de formación profesional o de instituto o emigraron a Venezuela.

Vuelves a Burgos y cofundas Minaya Oficina de Proyectos.

Antes de Minaya, el compañero a que me referí antes, Miguel Villalobos, y yo intentamos hacer algunas cosas juntos pero no cuajó. En Burgos creo Minaya con Luis Delgado, a quien conocía de la residencia de Santander, aunque él no había terminado la carrera —estudió finalmente ITOP—. Y se dio una de esas casualidades de la vida que cabe calificar de milagro: el presidente de la Diputación a la sazón decidió que los técnicos funcionarios no debían de hacer proyectos y cobrarlos al margen de su trabajo en la Administración y se sacó a terceros la redacción de proyectos de abastecimiento, saneamiento, etc. de muchos municipios de la provincia. Lógicamente, por ser nosotros los últimos en llegar, nos tocó el extrarradio: el valle de Mena, Treviño... Pero, como digo, fue llegar y besar el santo.

Por otra parte, hacer ingeniería entonces era muy gratificante profesionalmente: estaba todo por hacer. Ahora todos damos por hecho que abres el grifo y sale el agua, pero que llegara por primera vez a un pueblo el agua potable era una alegría indescriptible para los vecinos. Por otra parte, los ingenieros entonces éramos ingenieros... cuando lo parecíamos; a mí, por ejemplo, cuando iba a las obras en motocicleta y con casco amarillo nadie me hacía caso, pero cuando decía que era el ingeniero ya me trataban de usted...

En estos años también participé como socio —éramos cuatro— en una empresa de construcción, Burgalesa de Construcciones, pero como ocurre en bastantes ocasiones, las "amedias" no son buenas.

Dejas la empresa privada y pasas a trabajar en la Diputación.

A principios de los ochenta la Diputación opta por atender las obras municipales y crear con medios propios unas brigadas para pavimentar los pueblos con riegos asfálticos y decide contratar a dos ingenieros de caminos, que fuimos Manuel Gutiérrez Peña y yo. Yo entonces estaba ya casado y con una hija y cuando se convoca la oposición me enclaustro y logro sacar la plaza —nos presentamos 12 o 13 ingenieros y yo conseguí ser número 1—. En Diputación me encargué de un trabajo complejo y de notable relevancia, la Encuesta de Infraestructuras Locales; creamos 11 equipos y conseguimos hacernos una idea de las carencias en redes de abastecimiento, etc. en todos los pueblos de la provincia.

Seis años después, un nuevo cambio: dejas la Administración y vuelves a la empresa privada, en este caso Conservación de Viales.

Por aquel entonces se había aprobado la *Ley 30/1984 de medidas para la reforma de la Función Pública*, que permitía solicitar 3 años de excedencia con reserva de plaza. Siendo funcionario de la Diputación, y llevando distintas direcciones de obra, conocí a Alejandro Llorente (Collosa, para entendernos) y me propuso crear y hacerme cargo de la que entonces fue primera y única empresa dedicada exclusivamente a la conservación de viales de Castilla y León. Como yo tenía asegurada la reserva de plaza, y como las condiciones económicas eran más beneficiosas, y como la oficina central se ubicó en Burgos —esto es, que podía dormir todos los días en casa—, dije que sí. Fue una etapa interesante desde el punto de vista profesional, pues además de hacer lo que hacían otras empresas que se dedicaban a la conservación, apostamos por la innovación, siendo los primeros en aplicar emulsiones modificadas con elastómeros (STYRELF) en riegos asfálticos. Por cierto que



durante la ejecución de uno de los tramos de prueba de este material novedoso en el puerto de Lunada cogí una pulmonía de aúpa.

[Nuevamente, cuatro años después cambias de empresa e incluso de sector, incorporándote como director técnico y comercial de Gas de Burgos.](#)

Coincidió que era gerente de Gas de Burgos a Luis Villalba, ingeniero de caminos, y me hace el ofrecimiento. Más allá del reto profesional, ocurría que en Conservación de Viales no podía tomarme ni siquiera una semana de vacaciones en verano, era algo innegociable, y decidí que tenía que pasar más tiempo con mi familia. En esta profesión, en que es tan difícil trabajar sin tener que desplazarte de domicilio o tener que viajar porque las obras están donde están, para mí siempre fue una premisa, a efectos de elegir trabajo, poder dormir todas las noches en mi casa: la familia es lo primero y la que nos da fuerzas para ejercer nuestro trabajo.

En cuanto a trabajar en el sector industrial vs. sector de la obra pública me llamó la atención de primeras que las zanjas de las tuberías de gas eran distintas a las zanjas de las redes de abastecimiento o saneamiento: los ingenieros industriales medían en milímetros... Además todo estaba mucho más mecanizado, se elaboraban planos *as built*, etcétera.

En Gas de Burgos estuve solo un año, pero en esta ocasión no fue por "culpa" mía. En esos meses Catalana de Gas y Gas Madrid fundaron el grupo Gas Natural, actualmente Naturgy, y todo cambió respecto a como era antes, cuando los accionistas eran Gas Madrid, las Cajas de Burgos, el Ayuntamiento...: había que hacer planes estratégicos, papeleo por aquí y por allí... No era ya un trabajo para mí.

[Vuelves otra vez, curiosamente, a Conservación de Viales, y luego a Probisa.](#)

Sí, volví a Conservación de Viales pero solo estuve un año y medio: lo de no poder contar con dos semanas de vacaciones en verano seguía siendo innegociable para la empresa. Empiezo a trabajar en Probisa porque me llama para ser delegado en Castilla y León Juan Antonio Fernández del Campo; fue

un trabajo duro porque me tocó reestructurar todas las plantas de Castilla y León, o por decirlo más claro: me tocó cerrar todas las plantas de emulsiones salvo las de Valladolid y Burgos.

[Estás un año y medio en Probisa... y un nuevo cambio: te incorporas a la Junta de Castilla y León. Esta vez, sí para siempre.](#)

Sí, he estado en la Administración autonómica desde 1996 hasta 2019. Ocurrió que hubo un ingeniero a quien abrieron un expediente y Luis Alberto Solís, el Director General de Carreteras, me propuso incorporarme al servicio territorial en Burgos como funcionario asimilado que era de otra Administración, la Diputación.

[En la Junta de Castilla y León has trabajado como ingeniero de caminos pero también como Secretario Territorial. Cómo de diferente es trabajar en una Diputación vs. una Administración autonómica. Cómo ha cambiado la Administración en estos últimos 25 o 30 años...](#)

Hasta 2008, en efecto, ejercí la profesión en sentido estricto. Y con plena satisfacción: participé en obras importantes. Por ejemplo, la rehabilitación del puente de Frías —por cierto que visitaron la obra ingenieros militares que luego participaron en la reconstrucción del puente de Mostar—, la variante de Santo Domingo de Silos —que incluía un túnel de 550 m—, cuatro tramos de carreteras en el valle de Mena que sumaban 28 kilómetros y en que había problemas graves de deslizamientos, etcétera. También me satisfizo organizar un curso práctico y un manual para vigilantes de carretera.

Por su parte, en una Administración Local las obras tienen menos envergadura, y esta es una diferencia principal; también, que tienes el jefe más cerca que en la Junta de Castilla y León —cuando trabajas en provincias—, y que además el jefe, el Diputado Delegado, es político, a diferencia del Jefe de Área o el Director General en la Junta, que son técnicos.

En cuanto a los cambios en la Administración, o por venir a nuestra profesión, destacaría que ahora el pliego de contratación es la Biblia. Cada vez tienes



menos libertad para tomar decisiones, pero también hay que decir que no todo el mundo se siente incómodo: decidir —solucionar problemas— también conlleva una responsabilidad, una carga de trabajo añadida. Y en la Administración, no nos engañemos, cada uno trabaja lo que quiere; quiero decir que hay personas con vocación de servicio público —quiero acordarme expresamente de Ricardo Urruchi — y hay otras que no tanto. Otro cambio ha sido que ahora se subcontrata casi todo —redacción de proyecto, asistencias técnicas...— y en consecuencia el trabajo técnico es menor y la carga administrativa mayor.

En 2008 dejas de ejercer como ingeniero de caminos y pasas a ser Secretario Territorial.

Quien era entonces Secretario Territorial, Alfredo González, sale elegido senador siendo Delegado Territorial Jaime Mateu, quien ya conocía mi mejor o peor *savoir-faire* por las obras que dirigí en el Valle de Mena, de donde su familia es oriunda. Así las cosas, me ofrece el puesto de Secretario Territorial, que requiere unos conocimientos jurídicos y administrativos que, a priori, no tenemos los ingenieros de caminos. Pero si una cosa nos enseñan en la Escuela es a resolver problemas, esto es, que no importan tanto los conocimientos —que se adquieren: “si no sabes, preguntas”— como las capacidades. Además yo ya llevaba muchos años en la Administración y conocía el funcionamiento general, más allá de las peculiaridades de cada Consejería o de cada Servicio. También creo que me ayudó mucho mi experiencia en la gestión de equipos de personas, ya fuera como Delegado de Escuela, ya fuera como gerente de empresa. El caso es que para mí fue una experiencia diferente y del todo satisfactoria, en lo profesional y en lo personal; eso sí, quizá más al principio que al final por una sencilla razón: donde no hay harina, todo es mohína. Cuando yo llego, en 2008, había Fondos de Cohesión europeos y los alcaldes “te hacían la ola”, como quien dice. Luego llegó la crisis. En cualquier caso, con mayor o menor capacidad presupuestaria, mi premisa fue siempre una a la hora de priorizar actuaciones: atender a quien lo necesita. En cuanto

a la toma de decisiones final ya no me correspondía a mí en algunas ocasiones.

Durante 12 años también fuiste profesor de Caminos en la Escuela de Burgos.

Mi antiguo jefe, Juan Antonio Fernández del Campo, un ingeniero muy prestigioso en el campo de las carreteras, sacó la cátedra de Caminos y me propuso ser profesor asociado para dar clase durante un cuatrimestre en cuarto curso. Al año siguiente me pidió que diera la asignatura completa... y otra más en quinto curso. A mí la docencia, el trato con los alumnos jóvenes, me gustaba, y de hecho fue una de las condiciones que impuse para aceptar ser Secretario Territorial: seguir dando clase. Pero luego llega el cambio del Plan de Estudios y la asignatura que impartía desapareció; me propusieron impartir con quince días de antelación otra asignatura, para la que yo no estaba preparado ni podía estarlo con esa premura, y decidí que dejaba la Escuela. Por otra parte, todo ha cambiado mucho en la Universidad: yo llegué a dar clase a más de 100 alumnos y ahora no sé si en segundo de máster habrá más de 10. Por fuerza, el grado de exigencia ha de ser otro y el hecho de que se haya perdido, o casi, la figura del profesor asociado, con una acreditada experiencia en el “mundo real”, me parece que conlleva de suyo una pérdida de calidad en la enseñanza.

Por último, llama la atención, y más en nuestro tiempo —que Éric Sadin ha calificado en su último libro como *La era del individuo tirano. El fin de un mundo común*—, que siempre has mostrado un compromiso *gratis et amore* con los demás, más particularmente con tu profesión y con tu ciudad.

Sí, siempre he creído, en la medida de mis posibilidades, que había que darse altruistamente a los demás. Acaso esto me viene de la educación que recibí en casa —mi madre, por ejemplo, cuando ya era muy mayor, todavía colaboraba con el teléfono de la esperanza—. En cuanto a mi compromiso con la profesión, además de mi paso por la Escuela como Delegado, siempre he estado muy unido al Colegio: fui representante provincial desde 1980 hasta 1984 y desde 1988 hasta 2006, y siempre he participado y colaborado lo más



que he podido en cualquier actividad colegial. En cuanto a Burgos, diré que no solo me siento burgalés, sino "chamarilero", que es un grado. Y me siento muy orgulloso de haber sido pregonero del Carnaval de mi ciudad, junto con mi Peña Recreativa Castellana, en 2002.



[Entrevista realizada el 8 de febrero de 2023 en Valladolid]

